

El proyecto educativo arrancó en 1998 con una escuela en Matogrande y se extendió hasta los 18 centros actuales

# Las escuelas infantiles Os Pequerrechos celebran sus primeros 15 años de vida

«Nos sentimos muy reconocidos porque la gente nos da las gracias por haber cuidado tan bien a sus hijos y eso es lo más importante», asegura su directora Paula Gundín

**REDACCIÓN** ■ Todo empezó hace 15 años en el barrio de Matogrande. Allí Paula Gundín y su marido, Óscar Doval, abrieron la primera escuela infantil Os Pequerrechos. Tenían una idea en mente: cambiar el concepto tradicional de guardería. También, una primera alumna muy particular: «Mi propia hija fue la primera matriculada. Entonces aún era un bebé. Estaba claro que íbamos a cuidar todos los detalles al máximo, dándole a los padres todo lo que necesitaban», recuerda Paula.

Dicho y hecho. «Lo decoré todo como si fuera la habitación de mis hijos, quería que aquello fuese como una casa de caramelo», continúa recordando. Entonces, no podían pensar que crecería todo tanto en tan poco tiempo. En 1999 abrieron una segunda escuela en Carballo. En el 2000 se hicieron con la de la UDC. Y a partir de ahí una red que suma y suma año a año. «Nunca pensé entonces que íbamos a tener 18 escuelas y una de ellas en Madrid», confiesa la directora de Os Pequerrechos que en estos momentos está a punto de abrir el nuevo centro de Cuatro Caminos.

La clave de esta evolución espectacular se encuentra en los padres de los niños. «Ellos son nuestra mejor publicidad», subraya. También resulta obligada la mención al nombre, todo un acierto. «Queríamos que fuera algo cariñoso y pegadizo, señala Paula. La verdad es que estuvimos dudando entre llamar a la primera escuela Os Pequerrechos u Os Pequeños, pero al final creo que acertamos con el primero».

Hoy en día, el nombre de Os Pequerrechos salta automáticamente en la mente de quien piensa en una escuela infantil. «Nos sentimos muy reconocidos. La gente nos da las gracias por haber cuidado tan bien a sus hijos. Eso es lo más importante y lo que te llena», sostiene. Desde la Zapateira coordina todas las escuelas junto a su marido y Mar Mesía. A su mando están más de 190 empleadas. Las que prefieren denominar de otro modo: «Para mí son compañeras, siempre he querido que hubiese un buen ambiente y aquí la gente es feliz».



Somos un equipo satisfecho con nuestro trabajo



Fernando, alumno de Pequerrechos y José Alberto Ares, exalumno



Fernando en brazos de Fany y José Alberto con su mamá Iria Díaz

«Fui la primera persona que contrataron y aún estoy aquí»

Cuando Paula Gundín y Óscar Doval decidieron embarcarse en su aventura tuvieron que buscar gente. «Yo fui la primera persona que contrataron en 1998 en Matogrande y aún estoy aquí con ellos», resume Marta Moreira. «Acababa de terminar mis estudios con 19 años y empecé. Al año ya era encargada — continúa—. Para mí este es el mejor trabajo del mundo. Te evades de todos los problemas que puedas tener y disfrutas muchísimo».

«Además, el compañerismo es máximo y hay muy buen clima en el trabajo», añade Marta que sostiene que «aunque el niño siempre es lo más importante, también se hace trabajo guiando a los padres, asesorándolos respecto a la evolución de sus hijos». Debido a ello se establecen vínculos muy fuertes que, al final, ponen las emociones a flor de piel: «Cuando los pequeños terminan y se van aquí llora todo el mundo: los papás, las mamás, las profesoras, todos... Se llora mucho y 15 años después se sigue llorando como el primer día».

«Para mí la escuela es como una familia más»

Mari Carmen Linares trabaja como cocinera en Os Pequerrechos de Ronda de Outeiro. Define su trabajo: «Un nutricionista diseña el menú y yo me encargo de elaborarlo todos los días. Miro lo que hace falta y pedimos todo fresco. Las frutas y las verduras las sirven cada día en las escuelas». Entre sus funciones se encuentra la de separar las comidas para alérgicos e intolerantes. «Cuando aparece un niño con algún problema le hacemos un menú a su medida», detalla advirtiendo que lo suyo es más que trabajo: «Para mí la escuela es como una familia más. Hay mucho compañerismo y eso es clave».

**REDACCIÓN** ■ La demostración máxima de la satisfacción de una madre con la escuela infantil de su hijo se produce cuando, al llegar otro retoño, repite. Elena López lo hizo con Leo, de un año y medio en la actualidad. La experiencia con Nuno, de tres y debutante en el colegio tras su paso por Os Pequerrechos de la plaza de San Pablo-Juan Flórez, le convenció. «Notas que el trato es muy cercano. Como el niño sale contento y con una sonrisa de oreja a oreja que todo va bien», argumenta para justificar su decisión. A su lado otra madre, Isabel Rodríguez, la segunda: «Yo solo tengo una niña [Cayetana, dos años y medio] pero si tuviera otra la traería a Os Pequerrechos». También creció en las aulas de San Pablo, uno de los centros con mayor demanda. «Sí, siempre hay lista de espera», refrenda.

Cerca de allí, en el centro de Ronda de Outeiro, Iria Díaz también hizo doblete. Primero, confió a la escuela a su hijo Pepe, de cuatro años. Ahora Fernando, de dos, quien releva a su hermano. «Siempre nos transmitieron 100% de seguridad y nunca tuvimos ningún problema con los crios», comenta deteniéndose un detalle particular: «Pepe tenía intolerancia a la leche de vaca, lo cual nos daba algo de miedo al mandarlo tan pequeño. Jamás pasó nada malo con él».

Iria asegura que sus hijos acuden tan contentos que, incluso el domingo al pasar cerca, se excitan: «Dicen «Mi cole, mi cole!» y quieren que los lleve allí aunque sea un día festivo». Y es que pasaron en sus aulas muchas horas, las necesarias para que sus padres puedan conciliar el trabajo con su vida familiar: «A veces, por lo que sea, te ves obligado a estirar el horario y aquí siempre lo puedes arreglar, pidiendo unas horas más, diciendo que le den la merienda o lo que necesites. Para eso siempre son muy flexibles».

Esa facilidad de adaptarse la valoran también Elena e Isabel Recalcan la tranquilidad que les proporciona. «Estás trabajando y, si surge algún problema de que el niño esté con fiebre o algo, te avisan: «¿Le doy el Apiretal?» Y se lo dan y te quedas tranquila, sin tener que dejar todo e ir corriendo a buscar al niño», reflexiona Elena.



Marta Moreira, primera profesora de Pequerrechos, Irene, Paula Doval y Fany.



Irene con Nuno, Leo en brazos de su mamá Elena y Cayetana con Isabel



Irene, profesora de Juan Flórez, con Nuno. Cayetana en el colo de su mamá y Leo con la suya

«Esto no es un esfuerzo, para mí venir a trabajar en un gustazo»

Otra que lo pasa mal en fin de curso es Fany Fariña, la encargada de la escuela de ronda de Outeiro. «Es el único día que no me gusta ir, porque al final te pasas toda la jornada llorando sin parar, con el pañuelo», asegura. «De repente, niños que has visto cómo empezaron a caminar, cómo se arrancaron a hablar y cómo iban creciendo llega un día y te dicen que se van "al cole de mayores" y te rompen el corazón. A eso no te acostumbras nunca».

Ahí se encuentra el único momento malo del año. «Esto no es un esfuerzo, para mí venir a trabajar es un gustazo. Se establecen unas rutinas con los niños que hacen que se lleve todo muy bien», asegura Fany que es tajante al respecto: «Me veo aquí con los pequeños y no me gustaría cambiar nunca de profesión. Cada día aprendes cosas nuevas».

Respecto a sus jefes, Paula y Óscar, opina que nos «ayudan mucho, pero al tiempo son muy exigentes». Por ello también apela a la idea de que Os Pequerrechos «es como mi familia».

«Sigo con la misma ilusión que al principio»

Para Irene Crespo, la encargada del centro de plaza de San Pablo-Juan Flórez, en su profesión resulta clave «la vocación y la ilusión, por eso me metí aquí y sigo como al principio». Ello tiene una recompensa clara: «Vienes a trabajar con una sonrisa y te vas a casa con otra más grande», apunta. «Además del proyecto didáctico de la escuela, aquí tiene mucha importancia sobre todo el tratar bien a los niños y ser siempre súper cariñosos con ellos, mientras los vas preparando para dar el salto al colegio», expone. «Se van el colegio habiendo vivido experiencias nuevas y con mucho ya aprendido», concluye.